

Comunión y Reconciliación en la Sangre de Cristo

(Intervención en el Sínodo de Obispos, octubre de 2005)

“La copa de bendición que bendecimos, ¿no es acaso comunión con la Sangre de Cristo?” (1Co 10,16) Con estas palabras, San Pablo nos recuerda el círculo de comunión que es creado por la participación en la Eucaristía. Esa comunión en la Sangre de Cristo es la fuente y sostén para muchas otras formas de congregarnos en la familia humana, y especialmente también para irnos de misión. El Papa Juan Pablo II, de buena memoria, señaló varias de éstas en su Carta Apostólica, “*Mane nobiscum Domine.*” En ella, él habla de una “cultura de la Eucaristía” que conduzca a una “cultura de diálogo” (no. 26), y de un “proyecto de solidaridad para toda la humanidad” (no. 27). El *Instrumentum Laboris* para este Sínodo hace eco en estos sentimientos del mensaje eterno de la Eucaristía “que es necesario en la construcción de una sociedad donde la comunión, la solidaridad, la libertad, el respeto por la persona, la esperanza y la confianza en Dios prevalecerán.” (no. 79).

Ante estas consideraciones, deseo tratar sólo una de estas áreas, a saber, cómo la Sangre de Cristo es la fuente y motivación para una misión de reconciliación en nuestro mundo agitado y herido. Los muchos conflictos y divisiones, desde la muerte y destrucción causadas por el terrorismo hasta el deterioro y desintegración en las familias y el gran sufrimiento causado por ellos, deben ser el objeto de nuestra misión. Nuestra evangelización debe hablar de reconciliación, pero también encarnar el mensaje de reconciliación que Dios ha efectuado en Jesucristo. Aquellos que son extranjeros y

forasteros son acercados por la Sangre salvadora de Cristo. Porque Cristo es nuestra paz; en su carne de los dos ha hecho uno, y ha derribado los muros de hostilidad (cf. Ef 2,12-14).

En esta participación en la Sangre de Cristo de la que San Pablo habla, nosotros no sólo entramos en comunión; también nos comprometemos a participar del sufrimiento de otros tal como Cristo lo hizo en su propia muerte. En otro lugar, San Pablo nos recuerda que llevamos la muerte del Señor en nuestros cuerpos (2Co 4,10). Es en este compromiso, tan marcado por el derramamiento que hizo Cristo de su Preciosa Sangre, que verdaderamente entramos en el sufrimiento de otros para ser capaces de ofrecer el don de reconciliación y sanación proveniente de Dios.

Al participar de la copa Eucarística, Dios nos invita a renovar la relación de alianza con Él, como la base de todas las otras relaciones. Porque la reconciliación es ciertamente un don de Dios, “que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación... Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros” (2 Co 5,18-20). Nosotros debemos llevar ese mensaje de reconciliación al mundo tan necesitado de su bálsamo sanador.

Al recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo en la Eucaristía, somos llamados a “*reconocer el cuerpo,*” es decir que somos llamados a reconocer nuestro propio cuerpo quebrado y herido, y aquel de nuestros hermanos y hermanas: nuestras familias, nuestras comunidades, nuestra sociedad, e incluso nuestra Iglesia.

La Sangre de Cristo, derramada en la cruz, y renovada en el sacrificio de la Eucaristía, es signo del gran amor de Dios por el mundo y es la promesa de que Dios nos acompañará en aquel, frecuentemente arduo, ministerio de reconciliación.

El objetivo de ese ministerio de reconciliación es superar el odio, la injusticia y la división. Pero su meta final es traer la paz, la paz que Cristo ha ganado por la sangre de su cruz (cf. Col 1,20), la paz que reconcilia toda las cosas en Cristo. El Papa Juan Pablo II llamó a la Eucaristía una “gran escuela de paz”: “La imagen lacerante de nuestro mundo, que ha comenzado el nuevo Milenio con el espectro del terrorismo y la tragedia de la guerra, interpela más que nunca a los cristianos a vivir la Eucaristía como una gran escuela de paz, donde se forman hombres y mujeres que, en los diversos ámbitos de responsabilidad de la vida social, cultural y política, sean artesanos de diálogo y comunión” (no.27).

La comunión conseguida en la Sangre reconciliadora de Cristo nos capacita para ser constructores de puentes, proclamadores de la verdad, y sanadores de heridas; es también una evangelización en acción del gran mensaje del Evangelio. Nuestro “amén,” cuando recibimos la comunión, afirma no sólo la presencia real de Cristo en la Eucaristía; nos invita a ser pan partido y sangre derramada, vida dada, por la vida del mundo; también es un compromiso a respetar la vida y a defender la dignidad de cada persona humana y a ayudar a otros, especialmente los pobres. Llegamos a ser como si fuéramos “cálices vivos” llevando la Preciosa Sangre de Cristo, ese sagrado bálsamo, a aquellos que están en necesidad de sanar sus quebraduras, a aquellos heridos por la pobreza, a aquellos dejados medio muertos a la vera del camino, desdeñados y marcados por el prejuicio, el racismo, y la guerra. La Preciosa Sangre es una invitación a la inclusión, a la visión amplia reflejada en el libro del Apocalipsis (7, 9-14), que habla de acogida y hospitalidad a aquellos abandonados o empujados hacia los márgenes.

San Juan Crisóstomo escribió: “(Se) ve brillar en los labios de los fieles, puertas de los templos de Cristo, la sangre del verdadero Cordero” (Oficio de Lectura para Viernes Santo). Compartimos la copa juntos tal como Jesús compartió la copa con sus discípulos en la Última Cena, y somos transformados en el único cuerpo del Cristo viviente, siempre muriendo y siempre resucitando para la salvación del mundo.

Como “embajadores de reconciliación” (2Co 5,20), ofrecemos la Sangre de Cristo a un mundo sediento de armonía con Dios, con la humanidad y con la creación. La Sangre de Cristo apaga la sed de esa comunión en la que gran diversidad de gente pueda congregarse en una unidad profunda y perdurable, y nos llama a ser comunidades Eucarísticas que abarquen a aquellos que están lejos, separados, o apartados. La participación en la Eucaristía nos fortalece y nos da coraje para soñar una historia diferente, para construir un mundo nuevo, un mundo que esté conforme al plan de Dios para la humanidad, como está revelado en la vida, muerte y resurrección de Jesucristo.

Necesitamos recuperar la dimensión social de la Eucaristía para así hacer de la Eucaristía la verdadera fuente y culmen de la vida cristiana. Sin esta dimensión social, nuestras celebraciones corren el riesgo de llegar a ser rituales vacíos. Porque nuestra participación en la Eucaristía será confirmada en base a cómo vivimos la Eucaristía en nuestra vida diaria. Como nos recuerda San Agustín (Sermón 272): “Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros... A lo que sois respondéis con el amén, y vuestra respuesta es vuestra rúbrica. Se te dice: ‘El cuerpo de Cristo’, y respondes: ‘Amén’. Sé miembro del cuerpo de Cristo para que sea auténtico el Amén... Sed lo que veis y recibid lo que sois.”

La fórmula “*Ite, missa est*” nos envía con el mensaje Eucarístico para crear una cultura de paz donde la práctica de la reconciliación refleje el proyecto de Dios: de solidaridad para toda la humanidad.

Rev. Barry Fischer, C.P.P.S.
Moderador General
Congregación de los Misioneros de la Preciosísima Sangre

Traducción: Sergio Suárez